

La dimensión femenina en los textos de María Teresa León

Ana Martínez García

(martinezgarci.ana@gmail.com)

UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

Resumen

María Teresa León fue una figura transgresora que nunca abandonó su compromiso social. Su vida muestra su defensa de la mujer, aunque su batalla siempre fuera para conseguir la igualdad. Estas ideas se dibujaron en sus personajes femeninos, como se aprecia en sus textos literarios, que crecieron de forma paralela a su vida.

Abstract

María Teresa León was a woman that never left to fight by her political commitment. Her life shows her defense of women, although her battle was always fought for the equality. These ideas were drawn in her feminine characters, as we can appreciate in her literary texts, which was growing in parallel ways to her life.

Palabras clave

María Teresa León
Guerra Civil española
Exilio español de 1939
Generación del 27
Narrativa del exilio

Key words

María Teresa León
Spanish Civil War
Spanish Exile of 1939
Generation of 27
Spanish Exiled Narrative

AnMal Electrónica 37 (2014)
ISSN 1697-4239

La vida de María Teresa León nos aproxima a la historia de una mujer transgresora que nunca abandonó su lucha y compromiso social. Su recuerdo reconstruye la semblanza de una riojana que en la adolescencia comenzó a escribir textos polémicos, bajo pseudónimo, en el *Diario de Burgos*; a una de las primeras que pudo divorciarse en nuestro país, aunque las circunstancias no le permitieron obtener la custodia de sus hijos; a la memoria de una de las pocas que logró asistir a clases universitarias en la España de principios del siglo XX, cuando el alumnado era únicamente masculino; al relato de alguien que durante la Guerra Civil española de 1936 salvó numerosos cuadros de la quema, muchos de los que hoy día son patrimonio nacional; la remembranza de quien animó las tardes a cientos de

españoles con el grupo de teatro conocido como las Guerrillas de Teatro; de una mujer que durante treinta y ocho años viviendo en un exilio itinerante no olvidó su patria como testimonia su obra.

Su perfil biográfico nos acerca a sus ideales, a su actitud respecto al papel que debía desempeñar la mujer en los cambios que experimentaba el país, etc. Es decir, nos apunta qué tipo de postura asumiría en torno a la situación de la femenina, no solo la española coetánea a ella, sino también hacia las de otros tiempos y culturas, como podemos apreciar a través de sus textos literarios, donde este sexo obtuvo un papel de gran relevancia.

Debemos recordar que vivió su infancia junto a otra mujer que dio un paso adelante en la situación universitaria de las españolas, la prima de su madre: María Goyri. Junto a ella y a su esposo, Ramón Menéndez Pidal, surgió su incipiente vocación literaria durante la adolescencia y una actitud diferente a la que ostentaban las jóvenes de su clase y edad.

Se casó apenas con 17 años y se divorció casi una década después. Tras la separación conoció a Rafael Alberti, quien sería su compañero hasta el fin de sus días. Junto a él, entre 1932 y 1933 viajó por diversos países europeos, rusos y americanos, de los que regresó con conocimientos que enriquecerían su aportación a la dramática española y mayor claridad sobre sus tendencias políticas y literarias.

Años más tarde le sorprendió el estallido de la guerra civil en Ibiza. Desde allí se trasladó hacia Madrid, a la sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, para participar con la escritura a favor de la Segunda República. Dentro de esta desempeñó numerosas actividades de carácter cultural. También dirigió las famosas «Guerrillas de Teatro del Ejército del Centro», con Santiago Ontañón, Jesús García Leoz, Emilia Ardany, Juana Cáceres, etc., con el objeto de aportar diversión y entretenimiento a quienes luchaban desde el frente y la retaguardia y colaboró con la Junta de la Defensa del Patrimonio evacuando cuadros de El Escorial, del Museo del Prado y los que se hallaban en las diversas instituciones de la provincia de Toledo, etc. Gracias a esta última intervención rescató obras de pintores como Velázquez, Goya, Zurbarán, Tiziano, Greco, etc. (Estébanez Gil 2003: 29-41).

Al finalizar la guerra se exilió en Francia. Allí trabajó junto a su esposo en la radio París-Mondial hasta que, por problemas políticos, partieron de nuevo. Navegaban hacia Chile en busca de un nuevo país de asilo, pero el destino finalmente los llevó a Argentina. En el Mar del Plata vivió felizmente durante más de dos

décadas, en las que tuvo a su tercera hija, Aitana, y en las que no abandonó su labor literaria ni sus colaboraciones en prensa: continuó con sus participaciones en emisiones radiofónicas y se inició en el mundo de la televisión y en la creación de guiones cinematográficos (VV. AA. 1987: 103).

La llegada del peronismo endureció su estancia en el país y propició con los años la búsqueda de un nuevo destierro. Finalmente se trasladó a Roma, su último exilio, que duró quince años. En los primeros brilló tanto como en Hispanoamérica al continuar con su misma trayectoria, haciendo de su hogar un centro de reunión para personalidades relacionadas con el arte y la política. Allí los síntomas del Alzheimer comenzaron a ganarle la batalla, en la que paulatinamente fue perdiendo la memoria y, poco a poco, desvinculándose de la escritura y del mundo.

En 1977 regresó a España. Su salud iba en detrimento de forma muy acelerada, ya que de perder la memoria pasó a perder el habla y, tras esta, la vida en 1988 (Arniz Sanz 2003: 73-78).

María Teresa León fue una mujer distinta, no solo por su lucha, sino también porque sus acciones no iban encaminadas a favor de su sexo, sino por una causa política en la que creía, donde se daba cabida a la introducción de mejoras para la población femenina y a la búsqueda de la igualdad. Muestra de ello son algunos pasajes de su libro de recuerdos, *Memoria de la melancolía*, donde sin dejar de repetir «hombres y mujeres», rememoró desde la senectud escenas de guerra, valoró los cambios a favor de la mujer introducidos durante la Segunda República, etc., como vemos en el siguiente fragmento, donde recordaba cómo las norteamericanas a las que les contó lo sucedido en Asturias en 1934 mientras les pedía ayuda, se sorprendieron ante el gran cambio que la española había obtenido y, sobre todo, al verla pronunciando conferencias para solicitar apoyo para sus compatriotas:

¿La situación de España es así? ¿Mataron a tantos mineros? ¿Luego España ya no es ni democrática ni libre? No, allí se ha impuesto la represión de una burguesía asustada. Escuchaban las mujeres. ¿Nos han dicho que en España la mujer no participa en la vida pública? ¿Por qué esta habla tanto? Despertamos, señora. Es un despertar doloroso. A veces siento que me duelen los labios. Las palabras arden. Es triste tener que usar la libertad para denunciar la no libertad. No me miren así, amigas liberadas de América. Soy nada más que una joven española contando lo que de grave y de violento ha ocurrido en un país lejano (León 1999: 232).

Dado que su actitud y forma de vida buscaban una nueva situación de la mujer, en su obra esta circunstancia se tradujo en un claro predominio de protagonistas femeninas, quienes como su autora ganaron fuerza, carácter y decisión con el paso del tiempo. Tal y como María Teresa, se proponían luchar por la consecución de sus ideas, sin tener en cuenta la tradición social, rompiendo los roles establecidos sin convertirse en textos de carácter feminista. De este modo, dibujó a través de sus textos, narrativos esencialmente, una amplia dimensión femenina, que valoraremos siguiendo un criterio cronológico con el deseo de analizar a los personajes más destacados de cada obra, recopilación de relatos, etc. No se tratará de un estudio exhaustivo, sino una aproximación en la que intentaremos poner de relieve un amplio grueso de textos y protagonistas.

Las primeras mujeres progresistas de sus escritos no se hallan en sus obras iniciales de adolescencia, sino que afloraron más tarde, tras su divorcio aproximadamente, con la publicación de *Bella del mal amor* (1930): una obra nutrida de su nefasta experiencia matrimonial, donde, evocando el tema esencial del romance de la malcasada, el desamor femenino se convierte en el asunto principal, con un desarrollo que trasciende los límites establecidos por la lírica tradicional.

Los relatos ofrecen como novedad un trasfondo social que gira en torno al matrimonio, a los conflictos económicos que se plantean para la mujer, que en ocasiones la empujan a ceder en contra de sus intereses propios, condenándose a una vida infeliz, según indica Torres Nebrera (en León 2003: 29-31). Buen ejemplo de ello es «Manfredo y Malvina», narración protagonizada por la hija barragana de un hidalgo, criada por su madre y el molinero, que se inició en el amor con otro pastorcillo del lugar mientras vagaba por los parajes de su entorno soñando vestir galas como una dama y reinar. Su vida transcurría tranquilamente, feliz desconociendo el secreto de su paternidad y que sus ojos de distinto color eran la única herencia que le dejó. Un día, la belleza de Malvina, sus ojos negriazules y el deseo del molinero de darle a la jovencita lo que le pertenecía, provocaron un encuentro con su verdadero padre, quien pronto la trasladó a su hogar, donde le correspondía socialmente, y la inició en costumbres cortesananas. Este cambio socioeconómico, que tradicionalmente se ha entendido como un avance beneficioso para la mujer, tras ser tocado por la pluma de la autora se convirtió en un canje negativo. Desde la perspectiva de León, mientras la colmaban de bienes y riquezas, de consideración en las altas esferas, la arrastraban hacia un triste ostracismo, a un

segundo plano, la convertían en un adorno, al perder su voz para opinar en cualquier asunto:

Ya no puede a su antojo martirizar sendas con sus pies andariegos. Los montes han perdido su amiga y en el molino su flor. Ya es casi reina, el hidalguelo prohijó su belleza y la cuida con sándalos viejos en la casona solariega. Se terminaron las amistades aldeanas, se acabó el correr pastizales y praderíos, la subida por trochas a los picachos altos, el tejer ensueños y devanar porvenires. La niña es casi reina. En la casona su voluntad se impone, pero fuera ganan las voluntades ajenas y el Señor de Valmaseda no admite réplicas. La niña es casi reina. Conoce la suavidad de la Holanda en su piel tostada, la delicia de la seda, el brillo de los collares. Como una estampa antigua anacrónica y hermosa, Malvina pasea sus trajes pomposos y el pueblo no ríe acostumbrado al mandar de la casona (León 1992: 93).

La autora nos recuerda que el ascenso de clase siempre ha sido un paso apreciado por la sociedad, gracias la reiteración de «La niña es casi reina». Entretanto, enumera todas las aficiones que dejará atrás para poder acceder al trono, consiguiendo describirnos el papel de la mujer en la nobleza, relegado al mero adorno en los eventos de cariz social. Lo hace a través de la visión de una joven que, como otras tantas, permanece quieta en el bonito lugar que le preparan mientras su vida se marchita inútilmente. Por suerte, Malvina tiene el mismo carácter luchador que León y decide dejar las sedas para reencontrarse con su vida, para volver con el pastor que la enamoró y continuar con el oficio que siempre desempeñó en el molino.

En otro cuento, «El Mayoral de Bezares», Inés, su protagonista, tras un encuentro amoroso adolescente con el hijo del mayoral, vio cómo la promesa de matrimonio de su amado Manuel se desvaneció al ser enviado a una escuela militar. Ella permaneció en un pueblo cercano, confinada en un convento, soportando durante años las críticas del entorno acerca de su falta de virtud y sufriendo silenciosamente ante la imposibilidad de encontrar esposo. Casi una década después de su noche de amor, Manuel regresó a la villa. Durante días se trataron de forma distante, hasta que una noche ella decidió acercarse a sus aposentos para hablar acerca de lo sucedido. Al verla, Manuel creyó que seguía siendo la chiquilla de siempre, que podría recuperar los besos que pensaba que le habían esperado. Pero

ella había cambiado y la actitud sumisa que él esperaba se convirtió en una sarta de reproches:

— Mira, Manuel, es mejor que yo hable y que tú escuches. Has venido a buscarme; soy, debo ser, tu mujer. Tú eres el único hombre que puede ser mi marido. Los hombres me quieren, pero no para casarse, sino para su diversión; para ellos no sirvo de mujer porque me fui contigo una noche —las mejillas de Inesilla tremaban de pudores— y hasta hoy no has vuelto a cumplir tu promesa —Manuel sonrió—, pero no te inquietes; yo solo quería que volvieres para que todas las picovíboras del pueblo supieran que la Inesilla no estaba sola, como una mala mujer, que tú no me habías olvidado porque despreciabas a la hija del tío Félix, el usurero, porque tú eras el Mayoral de Bezares. Y ahora ya estoy contenta; nadie sabe que he estado contigo; esta noche vine a callandas, para no alarmarles. Con el alba, la Inesilla se marcha a su convento y te deja devolviéndote todas las hieles que le has hecho tragar.

— Inés, Inesilla... —le rogó Manuel. Y, contrariamente a lo que le sucedió a la tarde, le pareció golosa la flor campera.

— Y yo soy la que te desprecio, porque ahora que estás cansado de correrla, te acuerdas de que la Inesilla vive en la punta serrana esperando, esperando...

Y cuando los brazos del Mayoral se extendieron hacia ella, las manos humildes, recias y cortas, cruzaron la cara del osado (León 1992: 143-144).

La campesina rompió con su rol, dado que lo más usual hubiera sido que se abalanzara sobre los brazos de Manuel y que le rogara que cumpliera su promesa de matrimonio. Era lo que socialmente más le convenía por dos razones: ya no era considerada una joven honesta, por lo que le resultaba difícil encontrar marido; y, sobre todo, porque se trataba del mayoral del pueblo, un hombre de gran poder adquisitivo y mejor estatus social.

Por tanto, a través de este cuento, con el desamor como trasfondo, se ponen de relieve los problemas a los que se enfrenta una mujer cuando hay diferencias de clases, especialmente si la suya es la de menor rango. Nos encontramos ante la prototípica historia en la que, por intereses propios, los familiares del más acaudalado —casi siempre el hombre— separan a la pareja. En estas circunstancias, la historia amorosa suele acabar en el olvido, pero aquí los amantes se reencuentran, no para concluir con el final feliz esperado, sino para que la mujer se revele ante quien vivió sin reproches durante años, contra quien continuó con su existencia sin

ser rebajado socialmente por haber disfrutado de unas horas de amor, otro tema de gran relevancia en el relato y que afecta únicamente al sexo femenino.

María Teresa se identifica con las mujeres que describe y con las situaciones que viven en cada texto; por ello, se enfrenta ante las circunstancias que su escritura narrativa provoca. En esta ocasión prefiere que Inesilla siga siendo la hija del usurero, que permanezca en la clase baja y probablemente soltera hasta el fin de sus días, antes que malcasada con quien rompe proposiciones de amor.

Años más tarde, próxima la guerra civil, publicó *Cuentos de la España actual*, obra en la que afianzó su visión femenina en los textos desde la publicación de *La bella del mal amor* (Torres Nebrera 2003: 51). Estos relatos cobraron un importante matiz social, tras dotar a sus protagonistas un carácter distinto, más decidido y revolucionario, con mayores deseos de romper las numerosas barreras con las que se encontraba su sexo. Recordemos que la proclamación de la República y la aprobación de la Constitución de 1931 marcaron un hito en la situación de la mujer de nuestro país, al ser declarada por primera vez ciudadana, con derechos y deberes como el voto, la posibilidad de emancipación, etc. Esto conllevó numerosas reformas, entre las que sobresalía la renovación del sistema educativo, con la que se obtuvo para la mujer la formación necesaria para conseguir un empleo remunerado e independencia económica. De este modo, podrían emanciparse y no verían en el matrimonio la opción más factible para desvincularse del núcleo familiar.

En el cuento «Liberación de octubre», construido con el trasfondo histórico de la revolución minera asturiana de 1934, el tema esencial es la búsqueda de la libertad, tanto para los amotinados como para la protagonista. Aquí se describe el deseo de Rosa de romper con las cadenas que la ataban a la rutina del hogar. Por ello, ante la indecisión de su marido sobre la posibilidad de unirse a la muchedumbre, le empuja para sumarse ambos al motín de los trabajadores:

— ¿Comprendes? Si toman el poder, no está bien que nosotros nos quedemos sin nada.

Los más jóvenes marchaban, sin vacilar, a la muerte. Él, Ramón el electricista, no acertaba a seguirlos.

— Creo que debo ir.

Si Ramón no comprendía y la tibieza de su casa le volvía blando, si estaba aguardando que Rosa se interpusiese entre él y los fusiles, si le acariciaba la cabeza y se sentía atado a su pelo y a sus ojos pasivos y obedientes, Rosa comprendía muy

bien. Rosa se precipitó en la revolución. Adivinaba que libertad quiere decir liberarse de la angustia del jornal miserable de la espera de la muerte con los brazos cruzados, día a día: el padre, de la azada; la madre, de los largos partos de las vecinas de su pueblo. Rosa adivinó que el hombre sentía miedo, notó que pretendía recatarse en ella y por ella el gran silencio de la noche de octubre, deberle la vida. Ramón aguardaba una palabra para poder librarse de aquellos muchachos decididos que repetían a media voz consignas como jaculatorias al final de sus párrafos. Esperaba que Rosa lo hiciera nacer con un grito de sus entrañas sordas. Pero la mujer ni contestó. Ya no volvería a esperarle ni se miraría al espejo haciendo visajes, ni oiría el ruido de los cuchillos, ni el agua última perdiéndose desangrada en la tierra... Alcanzó al camarada que llevaba uno de los fusiles.

— Dame uno.

Los revolucionarios no comprenden lo insólito.

— Ten (León s. a.: 19-21).

Rosa era una humilde ama de casa que cada día, en soledad, esperaba pacientemente la llegada de un marido cada día más despreocupado por avivar las llamas del amor. Su vida transcurría de forma monótona y triste, acuciada por la precaria situación económica familiar y la ausencia de hijos. Reflejaba la existencia de una mujer de pueblo viviendo en la ciudad apartada de sus conocidos, relegada a las tareas domésticas, a pocas caricias furtivas y a ojear reiteradamente las mismas cartas de siempre. Ella no entendía qué era la revolución, pero sí el significado de la ausencia de libertad, que era lo que sentía a diario en la oquedad de su hogar. Por todo ello, cuando oyó a los jóvenes hablar sobre la revolución presintió que su marido deseaba escudarse en ella para no participar, decidió a acompañarlo, porque creía que alcanzando la libertad del pueblo, al salir de sus cuatro paredes, ella también lograría sentirse libre.

Durante la guerra, no solo su obra literaria dejó ver su actitud respecto a los roles femeninos, sino también a través de los artículos que publicaba en revistas, entre las que destacó *El Mono Azul*, que codirigió con su esposo. En ella, junto a numerosos escritores antifascistas, escribió textos políticos, revolucionarios, etc., en los que dejó ver su visión sobre el papel femenino de la española en la guerra. Colaboró en una decena de ocasiones con textos de diversas tipologías y temáticas en los que sobresalía el tono de denuncia, su posición ideológica, etc. Entre ellos llama la atención el titulado «A las mujeres españolas. Texto radiado el día 16 de

noviembre por la emisora UR», donde, a partir de un antiguo romance castellano, apeló a las españolas, a su raza luchadora desde la antigüedad, recordando que en toda época hubo impedimentos sociales:

La doncella guerrera se marcha a ese definitivo lugar de la guerra y se vuelve a machar en toda ocasión que se presenta, y se nos ha ido ahora, en este 1936, en esta defensa de Madrid, apretando sus pechos contra el corazón.

La guerra moderna, el armamento moderno, no ha impedido a la mujer española asomarse a las milicias y tener su puesto de combate. Ha habido varoniles doncellas guerreras, contenidas y valientes enfermeras en los hospitales, serenas y sencillas madres que aguardan. En realidad, todas aguardan, todas las mujeres esperamos con el corazón en suspenso, conteniendo las gotas de nuestra sangre para poder recibir al que vuelve.

La mujer popular se ha levantado sobre nuestros campos rotos con el prestigio de su derecho a intervenir en la Historia de España. Si el miliciano, por disciplina de tirador, tiene que parapetarse en los accidentes del terreno, ella está de pie a pie firme bajo el vuelo de los aviones, resistiendo sola con su ira y su fe la metralla del enemigo. Si antes se decía que no había retaguardia sino que todos estábamos en el frente de nuestro deber ahora todo es línea de fuego, cada mujer está consigo misma en la soledad, de su espera gloriosa, sabiendo que lo que gana con las horas que van corriendo hacia la victoria. Porque es preciso que la memoria no flaquee y los puntos de nuestra partida queden claros. ¿No recordáis ya la desconsideración antigua hacia la mujer, la dificultad que tenía para ganar su pan, el horror de las noches hambrientas y las miradas despreciativas? (León 1937: 1).

También elogió María Teresa a todas las mujeres que colaboraban desde la retaguardia durante la Guerra Civil española, a aquellas que aún perteneciendo a familias humildes, no dejaban de dar lo poco que tenían en favor de su país. Como contraposición a ellas, recordó y criticó el papel que ejercían muchas burguesas, quienes se contentaban con esconder la cabeza y mirar hacia otro lado mientras España se derrumbaba. Además, rememoró una de las desgraciadas consecuencias que la guerra impone a las mujeres, el de las violaciones en masa:

Son las novias, las amantes, las madres, las hermanas de los combatientes; ellas no tienen la vergüenza de desfilan regimientos mercenarios en su defensa, ellas no mandan contra vosotras hordas de violadores, ellas no han vendido el territorio

nacional, no han traicionado ningún juramento: mujeres del pueblo eran y lo siguen siendo: españolas eran, y combaten por España; cuando ven pasar sus soldados, los conocen por sus nombres, los diferencian; son los compañeros de taller, de la fábrica. Vosotras no sabéis lo que es tener el corazón limpio, apretado contra el pecho; estáis manchadas de ignominia y de pena; los ojos de los niños y las mujeres muertas os persiguen. Mujeres del otro campo, mujeres de enfrente, que hacéis guardar vuestro honor de hembras por marroquíes engañados y por legionarios sin escrúpulos. Da vergüenza pensar en vosotras; ¿cómo no detuvisteis los fusiles y desarmasteis a vuestros hermanos? Habéis seguido, únicamente pensando en la torpe defensa de vuestros privilegios, a generales deshonorados, metidos a aprendices de dictadores. Las bombas y los obuses que matan a nuestros niños se volverán metralla de vuestro sueño. ¡Malditas seáis por cada uno de nuestros niños asesinados, por cada gota de sangre que empape la tierra de Madrid! (León 1937: 4).

En el cuento «Una estrella roja» enfocó un tema distinto, la pertenencia a una ideología u otra a través de los niños, quienes durante los conflictos bélicos acaban sufriendo la suerte de sus padres, al adquirir el mismo credo. Para ello escogió de nuevo a un personaje femenino como protagonista, nos aproximó a la vida de una pequeña que regentaba un bar y se relacionaba con un grupo comunista, tanto que creía formar parte de él:

La culpa la tenían los del bar. Se habían llevado a la niña a fuerza de bombones. Le pusieron una corbata roja y aprendió a cantar. Bombones, cantos, corbatas rojas; la niña dijo enseguida: «Yo soy comunista». El padre bajó la cabeza: «Bueno, libertad».

Cuando se despertaba, con sus ocho años, ayudaba a la madre, daba su opinión sobre los huelguistas entre mondas de patatas ajadas. Repetía todo el día: «Frente rojo». Los del bar eran su inmediato ideal revolucionario. «¡Frente rojo!» (León 1936: 6).

El padre, reticente, sabía que la guerra no era un buen momento para formar parte de un bando u otro, puesto que el final para el pueblo llano sería el mismo triste y desgraciado de siempre. Sin quererlo, intuía que el final de su hija era encontrar la muerte:

Llegó tarde. En ocasiones siempre es demasiado temprano. Volvía tarde a comer, y, sin embargo, era demasiado pronto. Le abrió a una mujer que no era la suya. Pero él estaba seguro de haber oído cantar a la niña, de no equivocarse. «¿Por qué no le abrías la niña? ¿Era su casa?» La niña cantaba otras veces: «Mañana por las calles masas en triunfo marcharán». Entró en su casa abriendo el aire con los codos. Entre los botes no utilizados, las pinzas, los martillos. Entre aquel desorden de papeles, deseos, odios, justicias; sobre la mesa, tapadito su cuerpo con la chaqueta del trabajo, con la chaqueta de la pólvora, la niña. La niña muerta como mueren los héroes: de pie, en la calle.

— ¡Mi pobrecita comunista! (León 1936: 2).

Lo que más nos llama la atención del texto es el hecho de que la protagonista sea femenina, ya que las menores estaban supeditadas a la tutela de sus padres, mientras la mujer mayor de edad alcanzaba mayor independencia. Esta situación no afectó a nuestra estrella roja, a quien su padre le ofreció la libertad que el estado no le daba.

En el destierro, María Teresa León continuó con su trayectoria literaria y política, sin dejar a un lado sus ideas respecto a los roles femeninos. No se declaraba feminista, pero sus escritos y sus actos nos cuentan que su postura era claramente partidaria de estos movimientos. Su obra continuó valorando la realidad femenina en España a través de sus vivencias. Buen ejemplo de ello es *Fábulas del tiempo amargo*, donde reflexionó sobre las circunstancias del exilio, las que vivía en ese momento de un modo más general, introduciendo diferentes contextos y culturas para denunciar una situación que el ser humano llevaba viviendo desde el principio de los tiempos (Torres Nebrera 2003: 83-84). En esta colección se halla el cuento «Soledad, ¿por quién preguntas?», ambientado en un rito iniciático de una cultura aborígen en el que participa una joven recién llegada y perteneciente a otra civilización. Ella, mientras se dejaba arrastrar por los agitados movimientos tribales, comprendía que tristemente había sido elegida para acompañar en la muerte a uno de los guerreros. Con ello, la autora intentaba poner de relieve la escasa valía de la mujer en tales entornos, concretamente en el caso de algunas ceremonias, en las que se daba un trato vejatorio al sexo femenino y se les obligaba a morir sin razón alguna:

El humo tiembla en entredicho. Baten palmas. Vocean. Insisten en agitarse. Me abstengo. Presiento que no me verán, pasando de largo hacia otra virgen. Todas aguardan. Consigo casi desvanecerme... Pero ahí quedan mis manos y mis ojos brillantes. Queda la denuncia en el aire apagada y pasaría el tropel y me verán. Busco quitarme de en medio, pero rompo a sudar arena gruesa salada y la ve el primer cazador y se inclina y la prueba; el segundo cazador la recoge en el hueco de la mano; el tercer cazador... Cuando todos me han gustado forman el círculo y yo, en el medio. Giro. Algo buscan, porque se acercan y alejan. No sé lo que quieren y cada cual deja delante de mis pies un animal muerto que me mira (León 2003: 306).

Este interés en el análisis del papel femenino en otras culturas también podemos verlo en algunas páginas de *Sonríe China*, escritas durante su viaje a aquel país a finales de la década de 1950. En ellas reflejó la triste situación que durante años habían vivido las mujeres en los países asiáticos que visitó. Así, escribió a propósito de Pekín:

Son las descendientes de otras mujeres que fueron muy poco apreciadas en la vida china, por las que se vestía luto el día de su nacimiento, a las que se podía maltratar, abandonar, cancelar con ellas todos los compromisos. Millares de mujeres, millones, mejor dicho, no recibieron nunca educación; se podían vender como ganado que produce poco; no tenían derecho a elegir su marido; debían aceptar compartir con las concubinas el lecho, la casa, el amor. Como no podían cumplir el culto a los antepasados, si en una casa llegaban muchas hembras, se las ahogaba en los ríos profundos y -¡horror!- debían obedecer a la suegra. El signo chino que dice mujer repite tres veces el que significa mal o malo. El signo mujer dentro del signo casa significa paz. De ahí la tendencia al encierro, a la anulación. Cuando un poeta tiene que expresar su gran alegría, dice: «Soy feliz porque soy chino, porque no he nacido mujer». Las mujeres se suicidaban en cantidades fabulosas. ¿Y para quién iban a conservarse? Las madres de Pekin saben hoy todo esto y muchas cosas más que les estaban veladas a las mujeres de los pies chiquitines, caminando con pezuñitas de corza la vida de un lado para otro de su infortunio. Ya no vendrá el comprador de carne humana a buscar a sus hijas para comprarlas, ya los hoteles no servirán a los viajeros muchachitas precoces en todas las artes, ya las hijas no serán más conejas, alondras ni hormigas, ya no pagará ninguna con su cuerpo los estudios en la Universidad de Shangai (León 1958: 41-42).

María Teresa León reflejó la atrocidad de costumbres como la erótica del pie pequeño, la indignación de vivir en concubinato, resignarse a considerar que formarse como geisha era una buena salida económica, la penuria de los familiares al recibir el nacimiento de una niña, etc. Mientras tanto, creía que esta situación estaba desapareciendo, aunque desgraciadamente sigue hoy presente en algunas zonas. En relación a las diferentes lacras sociales que asediaban a las chinas, expuso las seis siguientes ideas, que glosó con punzante ironía sin importarle que su obra pudiera ser aún más censurada de lo que ya era en la España franquista:

Cuando los misioneros volvieron de Catay contaron de las mujeres las siguientes seis esclavitudes:

1. Las mujeres no reciben educación. Millones de ellas no pueden tener cerebro. (Esto no es muy exacto, porque en el tiempo antiguo hubo algunas excepciones, como la hija de Pan Ku que concluyó la historia de la dinastía Han. Además, Aristóteles había dicho que «la hembra es hembra en virtud de su falta de cualidades», y los encantadores Padres de la Iglesia dudaron si esa falta de cualidades era el alma. Santo Tomás, gordo señor inatacable, nos toma por «un ser ocasional e imperfecto.»)

2. Las mujeres e hijas se venden como ganado.

3. El matrimonio forzado de todas hijas apresa la sociedad en una rígida rutina. (Rígida rutina la nuestra también, porque las mujeres se solían casar para cumplir un destino preestablecido por la costumbre.)

4. El concubinato es el resultado natural del confucionismo, que exige de los hijos el culto de los antepasados. (¿Sobre qué material filosófico se apoyaba el concubinato en Occidente?)

5. Las mujeres, como no pueden cumplir el culto de sus antepasados, son muertas por sus padres como bocas inútiles.

6. Este sistema de familia ha tenido como resultado el suicidio de muchas mujeres e hijas (1958: 128).

La autora opinó sobre cada una de estas circunstancias, que con razón llamó *esclavitudes*, demostrando un gran conocimiento sobre la historia de la mujer desde diferentes disciplinas —con comentarios que partían de la filosofía y la religión, como apreciamos en el primer y cuarto puntos—, donde se subrayaba que eran muchas las circunstancias que habían empujado a la mujer a su situación. En ellos apreciamos

como trasfondo una crítica hacia las religiones, puesto que ni unas ni otras otorgaron un rol digno a la mujer desde el principio de los tiempos.

María Teresa León construyó, pues, una obra en la que pueden entreverse diferentes objetos de denuncia, entre los que sobresale la situación de la mujer. Este motivo, tan propio en sus escritos, se reflejó incluso en los que a priori estaban lejos de mostrar una circunstancia difícil para el sexo femenino. Muestra de ello es la biografía novelada de otra mujer exiliada, *Doña Jimena Díaz de Vivar. Gran señora de todos los deberes*, nutrida de una obra anterior suya y de carácter similar, *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador*. Se trata de un libro de gran originalidad, porque en él la narradora no se limitó a reconstruir la desconocida vida de una mujer ensombrecida por su heroico esposo, sino que le otorgó un carácter distinto al perfil sumiso que muestran los cantares. Como cuando, Jimena cansada de esperar al Cid durante años, batalla tras batalla, se reveló ante él:

¿No hubieras preferido tus molinos de Ubierna y vivir en paz de las maquilas? Ni las avenas ni los trigos ni las ligeras cebadas hacen daño ni hieren. ¿Por qué solo el hombre es un animal montuno?

El Campeador, asombrado, no responde. ¿Tan cambiada está Jimena? ¿Habrá dejado de admirarle el girasol que buscaba siempre su mirada? ¿A qué viene eso de sentir piedad por un traidor maldito, asesino de su rey, ladrón de joyas, salteador de encrucijadas? ¿Pudiera ser que se avieje, inclinándose hacia la misericordia? Vamos, mujer, tu papel de esposa de Rodrigo Díaz es otro (León 2004: 174-175).

Esta Jimena decidió salir de la sombra del gran hombre con el que convivió y revelarse, preguntarle cuáles fueron las razones que le llevaron a abandonar a su familia tanto tiempo. Mientras tanto, el Cid Campeador se extrañaba ante su actitud y se preguntaba el porqué de este cambio mientras le recordaba que ese no era su papel. En cuanto a esta referencia al rol que la mujer debía tener, recordemos que se trata de un motivo recurrente en la obra, que confirma la idea de que la protagonista estaba transgrediendo los límites establecidos.

Entre las múltiples referencias al comportamiento esperado de doña Jimena, figuran, como en un cuento anteriormente visto, las premisas que una buena mujer noble debe desempeñar socialmente y cómo ella debe recordárselo a sí misma constantemente:

Ante la orden de la sangre, Mio Cid descabalgó. Sus manos, libres del dragonado escudo, no saben hacia cuál de sus tesoros acudir, pero Doña Jimena le adelanta los hijos, porque de antiguo se sabe que la esposa debe quedar para las sobras profundas que rodean los lechos en las noches enamoradas [...] (2004: 43).

También encontramos escenas en las que se repetía, en los momentos de flaqueza, que no debía salirse de su papel, de su función en la sociedad, que tenía que dejar a un lado sus sentimientos y seguir siendo la mujer recatada y llena de bondades que todos esperaban:

Jimena contempla aquello con el corazón anudado. ¡Qué distinta es esta marcha! Otras veces la mesnada familiar desplegaba sus pendones y partía cantando. ¡Qué distinto es este irse sin vuelta! Antes, Jimena se quedaba inmóvil, sin llorar, pues no le son permitidas flaquezas a las mujeres de los héroes, pero hoy es hoy... (2004: 52)

María Teresa León, para aportar mayor fuerza a su versión de doña Jimena, noveló una serie de sucesos biográficos que bien pudieron haber ocurrido, en los que Jimena trabajaba como cualquier otra mujer, a pesar de su condición social en los malos momentos del Cid, en los que debía actuar como señora y criada al mismo tiempo:

Son las mujeres de los mesnaderos del Cid. A la par que Jimena han amasado el pan, zurcido la ropa, hilado los sayos, cuidado la hacienda, bendecido a los hijos... Sus manos son iguales de rudas y entre la señora y ellas apenas existe la diferencia del espesor de un brial (2004: 81).

O en los que después de enviudar comprendió que tras una vida luchando por ser la mejor esposa posible, había perdido la razón que le motivaba a desempeñar ese rol y ya no sabía quién era sin su marido:

Confundida, la gran señora retrocede. Nadie le contestará, nadie dialogará con su corazón. No puede hacer ya más que mirarle. «Llévate mi vida entera, Rodrigo, toma mi imagen, que perdure en tu sueño. Ahora me toca a mí sufrir al arrancarme de ti, “más que la uña de la carne”, mientras tú vas a morder ante Dios la yerba de los campos celestes. Hasta aquí fui como tú, ¿cómo voy a saber desde ahora ser yo? [...]» (2004: 203).

Con cada uno de los textos escogidos hemos apreciado la evolución de la dimensión femenina que María Teresa León configuró a través de los personajes de su obra, siempre ligados a su devenir biográfico, puesto que todas sus protagonistas se nutrieron de sus vivencias, de su trascendental aunque olvidada vida.

En la adolescencia, bajo el pseudónimo Isabel Inghirami, comenzó su devenir literario publicando artículos en el *Diario de Burgos*, en el que dejó polémicos textos en los que se denunciaba algún suceso que implicaba a una mujer. Años más tarde, en su colección de cuentos *Bella del mal amor*, apreciamos cómo la mujer cobraba mayor relevancia en su obra, dado que se trataba de una colección repleta de protagonistas femeninas. Gracias a este libro, la burgalesa comenzó a construir su carrera literaria, en la que no se erigió como una mujer que escribía para mujeres siguiendo las pautas dirigistas que primaron en la literatura femenina. Se había convertido en una escritora que movía a las mujeres a rechazar vivir en el desamor, tras rescatar un recurso de la lírica tradicional, tal y como ella había hecho al ser una de las primeras españolas en romper con un matrimonio impuesto en la adolescencia.

Poco a poco, la vida de María Teresa se ligó a contextos más políticos y su literatura se adhirió a las corrientes narrativas comprometidas. Las mujeres deseosas de libertad e independencia de sus obras anteriores se introdujeron en contextos más sociales, traspasando los límites del hogar para romper con sus roles en la sociedad tal y como ella hizo. Porque, mientras León afianzaba su carrera literaria, forjaba su vertiente política, se convertía en miliciana, etc. Como consecuencia, surgían bajo su firma personajes que lograban unirse a una revolución, afiliarse a un partido político, etc., a pesar de ser mujeres y españolas, como en sus colecciones *Cuentos de la España actual*, *Morirás lejos* o *Fábulas del tiempo amargo*.

Con el paso de los años, la experiencia y la madurez en la vida le llevaron a reflexionar sobre su nueva situación como exiliada y a rememorar a mujeres que también sufrieron el destierro, como en el caso de una española tan mítica como doña Jimena. Recuperó su vida y la reinventó, le dotó del carácter que una mujer del medievo no podía tener, aunque solo pudiera revelarse contra sí misma en sus pensamientos y transmitirle al Cid una pequeña parte de lo que pensaba. Puso de relieve la vida de una mujer ensombrecida, que vivió en la soledad, aportando apoyo y ánimo a quien no supo otorgarle el lugar que merecía.

Desde la distancia, viajando en busca de un país de asilo y sumergida en un sinfín de relaciones políticas, entró en contacto con otras culturas, tras viajar por Hispanoamérica, Europa y Asia. Estas nuevas circunstancias le hicieron interesarse por la realidad del sexo femenino en otras civilizaciones, relacionarse con otras mujeres que le servirían de inspiración para perfilar sus personajes. De este modo, pudo interiorizar mejor sus circunstancias y denunciarlas desde su perspectiva, desde la postura de una española que había tenido que luchar contra todo cada vez que quiso hacer algo nuevo y distinto, desde realizar estudios superiores en universidades con alumnado masculino, hasta vivir sola, como una mujer divorciada, y pretender viajar sin acompañante a Hispanoamérica por razones de trabajo.

Por todo ello, por lo que su vida y su obra nos transmiten, María Teresa León fue una mujer consecuente con sus ideas, las que supo llevar a cabo en el día a día y reflejar paulatinamente en sus narraciones, luchando con hechos y palabras. Y, respecto a su concepción sobre la mujer, hemos podido poner de relieve que su escritura no se realiza desde un enfoque propiamente feminista, sino desde una perspectiva igualitaria, a la que pertenecían las ideas por las que luchó por las españolas y españoles en la península y desde la distancia, cambios que desgraciadamente no llegó a vivir.

BIBLIOGRAFÍA EMPLEADA

- F. M. ARNIZ SANZ (2003), «María Teresa León, entre el olvido y la memoria», en G. Santonja, ed., *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 69-78.
- J. C. ESTÉBANEZ GIL (2003), «María Teresa León. De sus inicios literarios al exilio argentino», en G. Santonja, ed., *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 29-42.
- M. T. LEÓN (s. a.), *Cuentos de la España actual*, México, Editorial Dialéctica.
- M. T. LEÓN (1936), «Una estrella roja», *El Mono Azul*, nº 5, p. 6 y nº 6, p. 2.
- M. T. LEÓN (1937), «A las mujeres españolas. Texto radiado el día 16 de noviembre por la emisora UR», *El Mono Azul*, 13, p. 1.
- M. T. LEÓN (1958), *Sonríe China*, Buenos Aires, Jacobo Muchnik.

- M. T. LEÓN (1992), *La bella del mal amor, Cuentos castellanos*, Madrid, Cairel.
- M. T. LEÓN (1999), *Memoria de la melancolía*, Madrid, Castalia.
- M. T. LEÓN (2003), *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos*, ed. G. Torres Nebrera, Madrid, Cátedra.
- M. T. LEÓN (2004), *Doña Jimena Díaz de Vivar, Gran señora de todos los deberes*, Madrid, Castalia.
- VV. AA. (1987), *María Teresa León*, Valladolid, Junta de Castilla y León.